

The logo for 'bam bú' is located in the top right corner. It consists of the word 'bam' stacked above the word 'bú', both in a lowercase, sans-serif font, enclosed within a white circle.The illustration depicts a man in a dark suit and a woman in a green top and brown skirt running through a busy, dark street. The man is carrying a newspaper under his arm. The newspaper's headline reads 'RAY WALGORE' and includes the sub-headline 'Mujer que...'. The background shows a crowd of people and a horse-drawn carriage, suggesting a historical or noir setting.

# AVI CIUDAD DE HUÉRFANOS

Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, S. A.

© 2011, Avi

© 2012, de esta traducción, Anna Cabeza

© 2012, Editorial Casals, S.A.

Tel. 902 107 007

[www.editorialbambu.com](http://www.editorialbambu.com)

[www.bambulector.com](http://www.bambulector.com)

Diseño de la colección: Miquel Puig

Ilustración de cubierta: Riki Blanco

Primera edición: abril de 2012

ISBN: 978-84-8343-173-3

Depósito legal: M-199-2012

*Printed in Spain*

Impreso en Edigrafos, S. A., Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# Índice

Ciudad de Nueva York, 1893.....	7
1 .....	9
2 .....	15
3 .....	18
4 .....	20
5 .....	24
6 .....	26
7 .....	32
8 .....	39
9 .....	43
10 .....	47
11 .....	52
12 .....	57
13 .....	60
14 .....	62

15	66
16	71
17	75
18	79
19	85
20	90
21	93
22	100
23	108
24	114
25	122
26	129
27	133
28	141
29	144
30	149
31	152
32	157
33	162
34	165
35	175
36	178
37	180
38	182
39	186
40	191
41	196
42	202
43	208

44	214
45	220
46	229
47	234
48	239
49	244
50	247
51	252
52	254
53	262
54	266
55	273
56	277
57	280
58	283
59	287
60	291
61	294
62	297
63	301
64	304
65	306
66	312
67	314
68	317
69	320
70	322
71	325
72	329

73	331
74	334
75	337
76	342
77	345
78	347
79	351
80	355
81	359
82	364
83	367
84	372
85	373
86	376
87	379
88	383
89	385
90	386
91	389
Nota del autor	391
Para ampliar conocimientos y ver imágenes:	394

Suceden cosas increíbles.

Te cruzas con una persona por la calle y es probable que no vuelvas a verla... jamás. Después, tropiezas con un extraño y toda tu vida cambia... para siempre. ¿Captas lo que quiero decir? Tiene que ver con unas cuantas palabras: *suerte, casualidad, coincidencia, accidente, capricho, milagro* y otras muchas que ni siquiera me vienen a la cabeza.

Pero la cuestión es que te voy a contar una historia en la que se podrían utilizar todas estas palabras. Es sobre un chico llamado Maks Geless. Se escribe *Maks*, con *k*. *M-a-k-s*.

El tal Maks es un chico de 13 años, de altura mediana, de rostro rubicundo, enmarañado pelo castaño, y que siempre viste gorra de paño, chaqueta de lona y pantalones, además de unas botas que no están mal. Es un repar-

tidor de periódicos –un *noticiero*<sup>1</sup>, como se suele decir–. Sostiene un ejemplar de *The World*, un periódico de Nueva York, y está gritando:

–¡Extra! ¡Extra! Léanlo todo sobre el crimen del hotel Waldorf. ¡Terrible pelea con un loco! ¡Dos hombres han sido asesinados! ¡Léanlo en *The World*! ¡El mejor periódico del mundo! ¡Por solo dos centavos!

Pero no todo aparece en los periódicos, ¿verdad? A ver, el único que sabe lo que sucedió realmente en el Waldorf es... Maks.

Seguro que te estarás preguntando, ¿cómo puede este chico, el noticiero, saberlo?

Te lo contaré.

Esta historia empieza un lunes. El 9 de octubre de 1893. Exactamente cinco días antes del titular del periódico que acabas de leer. Está anocheciendo y empieza a hacer frío. Las farolas de la calle se iluminan. En otras palabras, un largo día de trabajo toca a su fin.

Pero no para Maks. Él sigue todavía en su esquina de siempre, en el cruce de las calles Hester y Bowery. Ha estado voceando los titulares de *The World* durante cinco horas y ha conseguido vender treinta y tres ejemplares. Si consigue colocar uno más, habrá vendido todo el paquete y así tendrá ochenta centavos en el bolsillo.

Ahora presta atención, porque lo que te voy a contar es importante.

En 1893, los noticieros compran los periódicos que des-

---

1. *Newsie*, en el original.



pués venden. O sea, que para comprar el paquete de periódicos del día siguiente, Maks va a tener que pagar setenta y dos centavos por adelantado. Después, él los venderá a dos centavos cada uno. Es decir, que por cinco horas de trabajo, ganará ocho centavos. No es mucho, ¿verdad? Pero date cuenta de que, en estos días, por seis centavos puedes comprar una lata de conserva de carne de cerdo con alubias, suficiente comida para toda una jornada, que es bastante más de lo que alguna gente se lleva a la boca.

Probablemente estarás pensando que no vale la pena trabajar tan duramente por solo ocho centavos. Pero estamos en 1893. Son tiempos difíciles. Las fábricas cierran. Los trabajadores son despedidos. Los puestos de trabajo escasean. Es difícil encontrar un lugar donde vivir. De hecho, la gente ha bautizado esos días como «el Gran Pánico de 1893». Y la cuestión es que el alquiler de la familia de Maks vence esa misma semana. ¡Quince dólares! Para ellos, es una cantidad enorme.

Lo que quiero decir es que la familia de Maks necesita que el chico colabore con sus ganancias, que son –como ya habrás adivinado– de ocho centavos al día.

Habitualmente, cuando acaba de vender todos sus periódicos, a Maks le gusta quedarse en el vecindario para ver cómo les ha ido a los compañeros que también venden periódicos. No olvides que estamos en Nueva York. Y en el Lower East Side<sup>2</sup>. Siempre sucede algo.

---

2. El Lower East Side es uno de los barrios más antiguos de Nueva York. Se encuentra a orillas del río East, en el sureste de la ciudad. La mayoría de los inmigrantes europeos que llegaron a Nueva York a finales del siglo XIX se establecieron en él.

Esta noche todo lo que Maks desea es regresar a casa y cenar. No es ninguna novedad; tiene hambre las veinticuatro horas del día, todos los días de la semana. Y la última vez que comió fue en el desayuno –un panecillo y un tazón de café con leche–.

Así que Maks levanta su último periódico y vocea lo mejor que puede: –¡Extra! ¡Extra! ¡Léanlo todo sobre Joe Gorker, el político acusado de robar millones a la ciudad! ¡Ya hay fecha para el juicio! ¡Léanlo en *The World*, el mejor periódico del mundo! ¡Solo por dos centavos! ¡Dos centavos!

A veces, mientras vocea los titulares, Maks deja volar su imaginación y piensa que algún día será él quien aparezca en el periódico por haber hecho algo grande, como inventar una máquina voladora. Su cara sería foto de portada en *The World*, como la del caradura de Joe Gorker. Pero Maks enseguida recuerda que su oficio es vender periódicos, no aparecer en ellos. Además, *The World* prefiere titulares sobre Joe Gorker, proclamando que el tipo es un estafador más malo que la tiña.

De todos modos, la potente voz de Maks parece funcionar porque pronto un caballero muy elegante –con sombrero de copa, bigote de herradura y cuello almidonado, de esos a los que la gente conoce como señoritos estirados– le hace señas para que acuda.

Maks corre hacia él.

El hombre le muestra un níquel<sup>3</sup>.

–¿Tienes cambio, chico?

---

3. Moneda de cinco centavos.

–Lo siento, señor. No tengo, señor.

De acuerdo: puede que Maks sea un héroe, pero no es ningún santo. Como te he dicho, para él cada centavo es muy importante. Necesita conseguir todos los que pueda.

–Bien –dice el señorito–. Quédate con el cambio.

–¡Gracias, señor! –responde Maks, tendiéndole el último ejemplar.

El hombre se aleja mientras va leyendo los titulares.

Maks se dice a sí mismo que la jornada ha terminado y esconde rápidamente la moneda en su bolsillo. Pero, acto seguido, ¿a quién ve?

Ve a Bruno.

El tal Bruno es un tipo realmente desagradable. Le saca una cabeza a Maks, su cara está salpicada de vello y unas mechadas de pelo grasiento y pelirrojo le caen sobre los ojos, uno de los cuales bizquea un poco. Lleva un bombín de color marrón echado hacia atrás, lo que hace que sus orejas sobresalgan de su cabeza como dos coliflores enanas.

La cuestión es que Bruno tiene solamente 17 años, pero ya es el jefe de la banda de los rufianes. Últimamente, Bruno y los suyos han atacado varias veces a los noticieros de *The World*, pegándolos, robándoles el dinero, quemando sus periódicos.

Maks sabe que, si Bruno pone la vista en él, las cosas irán por mal camino. Y no es justo que le roben. Si Maks pierde su dinero, no podrá comprar los ejemplares del día siguiente. Sin periódicos no habrá más dinero y la familia no podrá pagar el alquiler. En otras palabras, no tiene elección: Maks debe regresar a casa con el dinero.

El problema es que su hogar se halla en un piso de tres habitaciones de un bloque de la calle Birmingham, cerca del río East. Eso es, a quince manzanas de distancia, lo que en estos momentos le parece tan lejano como el Polo Norte.

Así pues, si Maks quiere conservar su dinero, tendrá que correr más que el rufián o luchar contra él.

No sé lo que harías tú, pero Maks decide echar a correr.

**M**aks mira por el rabillo del ojo. Ve a otro de los rufianes en el extremo de la calle. Acto seguido, aparece un tercero. Después, tres más. Seis rufianes en total, incluyendo a Bruno.

Maks busca ayuda. No está solo, exactamente. A la gente le gusta decir que el Lower East Side es el lugar más concurrido del mundo. Hay multitud de gente comprando, regateando, pidiendo limosna, paseando. Niños, mayores, perros husmeando en busca de restos de comida. ¡Ah!, y también hay quien roba. En estos días, los muchachos están verdaderamente hambrientos.

En las aceras se vende absolutamente de todo: hay cientos de tenderetes, carritos de dos ruedas y vendedores ambulantes con su mercancía a cuestas. Todo aquello que una persona pueda, quiera y desee imaginar. Comida, ropa, muebles... En el Lower East Side puedes comprar cu-

charas torcidas, guantes con cuatro dedos, gafas con un solo cristal o un único zapato para tu único pie izquierdo. ¡No te lo pierdas, hasta puedes encontrar a un viejo vendiendo huevos rotos!

Los vendedores vocean a gritos sus mercancías en inglés, alemán, italiano, *yiddish*, chino, español, hebreo, rumano y muchas otras lenguas. Se diría que se alojan en la pensión más barata de Babilonia.

Hasta el aire está saturado. Los cables telefónicos que se entrecruzan dan al cielo brumoso el aspecto de un papel pautado. Hay cientos de carteles pegados aquí, allí, en todas partes. Es como si alguien hubiera arrancado todas las palabras de un periódico y luego las hubiera pegado en las paredes, en las ventanas, en las puertas y en los cartelones de los hombres-anuncio, para decirle a la gente que tiene que comprar, comprar y seguir comprando.

Por encima de las cabezas, el ruidoso tren de vapor elevado –al que llaman el Ele– esparce su lluvia de humo, chispas y ceniza caliente. Cada vez que oye el traqueteo ruidoso de un tren, Maks piensa cuánto le gustaría montar en él. El problema es que cuesta un níquel subir al Ele. La familia de Maks no puede permitirse malgastar cinco centavos. Si Maks quiere ir a alguna parte, lo hace andando.

Y, además, el vecindario huele mal. Apesta a comida putrefacta, a sudor, a humo, sin olvidar los montones de estiércol de caballo. No olvides que todavía no existen los vehículos de motor.

**16** Así pues, las calles están atestadas de carromatos, tranvías que hacen tintinear sus campanillas, cabriolés y ca-

rretas. Todos ellos están tirados por caballos. En las horas punta, si no te andas con cuidado, te pueden pisar las herraduras de los caballos o aplastar hasta la muerte bajo las ruedas con armazón metálico. Maks sabe de chicos que han resultado heridos, e incluso de algunos que han muerto. ¡Ya ves!, a los cocheros y los carreteros no parece importarles demasiado.

Tampoco a Bruno ni a sus rufianes.

Te estarás preguntando: ¿Por qué Maks no pide socorro a un policía? Pues porque a los polis no les gustan los noticieros. Los llaman «ratas de alcantarilla» y «golfos». Además, en estos tiempos, los polis de la ciudad no son mucho mejores que los maleantes. De hecho, bastantes son maleantes; están preparados para dejarse sobornar si oyen el tintineo de las monedas. No lo olvides: todo esto sucedió antes de que el comisario general Teddy Roosevelt<sup>4</sup> empezara a poner las cosas en orden.

De todas formas, Maks no parece dispuesto a pedir ayuda. Las cosas de chicos –buenas o malas– son solo asunto de los chicos. No lo olvides.

Además, tampoco serviría de nada pedir ayuda. En estos momentos, cuando Maks mira a su alrededor, no hay ningún poli a la vista.

Tendrá que arreglárselas solo para regresar a casa.

---

4. Theodore «Teddy» Roosevelt (1858-1919) fue el vigésimo sexto presidente de Estados Unidos, entre 1901 y 1909. Anteriormente, Roosevelt había ocupado el cargo de comisario general de la Policía de Nueva York y se hizo famoso por su lucha contra la corrupción en este cuerpo.

**M**aks se vuelve hacia Bruno, se pone la mano en el bolsillo, agarra con fuerza sus monedas e intenta localizar al resto de la banda.

Muy cerca.

Maks se ajusta bien la gorra y se escabulle por la única salida posible, justo en medio de la calle Hester. Pero hay tal cantidad de gente que no puede evitar chocar con unos y otros.

–Perdone, señora. Lo siento, señor.

En la calle Chrystie, Maks se detiene y mira hacia atrás.

La banda de los rufianes le pisa los talones.

Maks vuelve a correr en dirección sur. Llega a la calle Canal y esquiva como puede a dos caballos que tiran de un tranvía. Uno de los animales se encabrita y el conductor lanza toda clase de maldiciones.

**18** Mientras corre calle Chrystie abajo, Maks intenta encontrar algún escondrijo entre los muros de los edificios.



Pero no lo hay. Le empieza a doler el costado. Le cuesta respirar. Y eso no es lo peor: una carreta cargada de bloques de hielo y cuatro pesados carros más le obstaculizan la huida. Intenta rodearlos y se arrima al puesto de cestos de mimbre de una vieja mujer china. Se escabulle como puede, pero la banda de los rufianes está a punto de alcanzarlo.

En ese momento, Maks recuerda que un poco más adelante hay un callejón, un atajo que lleva hasta la calle Forsyth. Si puede meterse en él sin que los de la banda lo vean, estará a salvo.

Galopando como un caballo en plena huida, Maks llega al callejón. Le echa una rápida ojeada. El callejón mide poco más de un metro de ancho y es un lugar deprimente, lúgubre, con mugrientos muros de ladrillo a ambos lados, y el suelo está lleno de basura.

Maks se introduce en él a toda prisa.

El problema es que, en mitad del callejón, una gran valla de madera le bloquea el paso. Está tan pegada a los muros laterales que es imposible rodearla. Intenta saltar los más de dos metros de altura de la valla, pero no puede hacerlo con una sola mano, ya que con la otra sujeta el dinero.

Mientras Maks intenta pensar qué puede hacer, ve, en el suelo, al lado del muro, el cuerpo de una persona. Está tan cubierto de harapos que resulta difícil decir si se trata de un hombre o de una mujer; si es alguien que está dormido, borracho o, tal vez, muerto.

Un segundo después, se da la vuelta justo a tiempo para ver cómo la banda de los rufianes –con Bruno a la cabeza– entra en el callejón. Maks se verá obligado a luchar.

Maks se apretuja todo lo que puede en la esquina donde la valla de madera casi toca el muro de ladrillo. Cree que, así, los de la banda no podrán atacarlo por detrás.

Después se echa la visera para atrás (para ver mejor), se lame los nudillos (los nudillos húmedos pegan mejor al enemigo) y coloca los puños de la misma forma en que ha visto hacerlo a Bobby Fitzsimmons, el campeón de los pesos pesados, en las páginas deportivas de *The World*.

Bruno se para abruptamente delante de Maks. Está tan cerca, que a Maks le llega su calor y el olor a cerveza de su aliento.

Con los pies separados y los pulgares en los bolsillos, se balancea sobre sus talones como si fuera el amo del barrio. Su repugnante sonrisa –a la cual faltan algunos dientes– le recuerda a Maks lo que la gente dice sobre Bruno: el tipo es un malvado y está loco, loco.

El resto de rufianes se apretuja detrás de Bruno, mirando a Maks malévolamente y riendo.

–Buena carrera, chico –dice Bruno, mientras le tiende una mano muy sucia–. Déjame ver la pasta.

Maks se pega fuertemente a la valla de madera, esperando que ceda y pueda escapar. Su corazón late tan fuerte (bum, bum, bum, bum) que parece un coche de bomberos que corre a apagar un incendio.

–Yo... lo... necesito –dice entrecortadamente–. Necesito... comprar... periódicos... mañana. Y tenemos que pagar el alquiler esta semana. Y... las cosas están muy difíciles –añade. Esta es una frase que su padre pronuncia muy a menudo.

–Bien –dice Bruno desdeñosamente–. Son tiempos difíciles para todo el mundo. Y eso me incluye a mí. Así que diles a los bobos de tus compañeros noticieros de *The World* que su nuevo jefe les da la bienvenida. Voy a cuidar muy bien de vosotros.

»¡Chócala! –le grita a Maks en la cara. Su otra mano se transforma en un puño.

Aunque le tiemblan las piernas y parpadea nerviosamente, no entrega el dinero.

–¡No seas imbécil! –chilla Bruno–. Dame la pasta o te parto la nariz.

Para demostrar que puede hacerlo, Bruno lo abofetea con tal fuerza que la gorra del chico cae al suelo.

Maks intenta arrearle un puñetazo seco y fuerte. Pero falla.

Bruno suelta una risotada falsa.

–¡Te lo he advertido! –dice, y atiza a Maks en plena nariz. No solo le duele terriblemente, sino que empieza a salir tanta sangre que hasta puede notar su sabor.

Eso provoca que los demás rufianes se pongan a beber.

–¡Machácalo, Bruno! ¡Déjalo KO! ¡Tritúralo!

Bruno le da un tortazo tan fuerte en la cabeza, que Maks se tambalea. Se mantiene en pie porque está pegado a la esquina. Y aunque sabe que lo van a convertir en carne picada, intenta golpear de nuevo.

–¡Idiota! –gruñe Bruno, y levanta el brazo para pegarle otra vez.

En ese momento, Maks hace algo que nunca antes había hecho en toda su vida. Grita:

–¡Socorro!

Y entonces, el cuerpo que estaba en el suelo se levanta de un salto. Lo hace de forma tan rápida e inesperada que todo lo que Maks puede ver es que, quienquiera que sea, sostiene un bastón muy largo y lo está agitando frenéticamente, aporreando a Bruno en la espalda, en los brazos, en la cara... ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Cogido por sorpresa, Bruno aúlla y tropieza, chocando con algunos de los rufianes que están detrás de él. También estos se tambalean, haciendo caer a dos más. Intentan escabullirse gritando y aullando.

Pero el callejón es estrecho y la tormenta de bastonazos no cesa. Uno tras otro, los rufianes reciben golpes en todas las partes de sus cuerpos: brazos, cabezas y espaldas. ¡Crac! ¡Crac! ¡Crac!

La banda se dispersa y todos corren, perseguidos por el bastón a lo largo del callejón. En pocos segundos los rufianes han desaparecido.

Maks, que casi no puede creer lo que ha sucedido y sin tener ni idea de quién lo ha salvado, se queda apoyado en la esquina, inmensamente feliz por haber conservado su dinero.

Al mismo tiempo, le tiemblan las piernas, le duele el pecho y las lágrimas le nublan la vista; eso, sin contar con la nariz, de la que todavía sale sangre.

Mientras, en la entrada del callejón, el del bastón observa la calle.

Maks se agacha para recoger su gorra. Mientras se seca la sangre y las lágrimas de la cara, mira hacia arriba. Entonces ve que la persona que lo ha salvado se ha dado la vuelta y acude hacia él, bastón en mano, como si el trabajo no hubiera terminado aún.

En ese momento Maks se da cuenta de quién es.

Y, por cierto, no da crédito a lo que ven sus ojos.

**L**a persona que lo ha salvado es una chica.

Es más alta que Maks. Y más delgada, también. Él la mira y ella también a él, con su cara embadurnada de mugre. Lleva el pelo sucio, largo, enmarañado y lleno de mechones grasientos. Viste una blusa de un verde descolorido, que podría haber pertenecido a alguna dama porque todavía quedan restos de encaje en el cuello, como jirones de una telaraña.

En cuanto a la falda, es de color marrón, larga, está sucia y tiene los bordes descosidos. No le llega a los tobillos, por lo cual Maks puede ver sus pies desnudos y magullados, y unas uñas feas y llenas de costras. En ese espacio tan estrecho le llega su olor: la chica huele a chucrut<sup>5</sup> en mal estado.

---

5. Plato a base de col fermentada en salmuera, típico de Alemania, Polonia y la región francesa de Alsacia.

La verdad es que a Maks la chica le recuerda a un gato de callejón, uno de esos que aúllan sin cesar y que nadie quiere. Eso, sin tener en cuenta que la mayoría de los gatos intentan mantenerse limpios; Maks piensa que la chica puede ser cualquier cosa, menos limpia.

El bastón sigue en sus manos y Maks se da cuenta de que es una rama de árbol, dura y áspera.

Evidentemente, Maks no tiene ni idea de quién es ella ni de por qué está durmiendo en el callejón. No se le ocurre otra cosa que pensar que la chica acaba de llegar a América<sup>6</sup>, que se trata de una inmigrante recién llegada de la isla de Ellis<sup>7</sup>, lo que Maks y sus amigos llaman una «novata» en la ciudad. De hecho, Maks se pregunta si será capaz de entender una sola palabra de cualquiera que sea el extraño idioma que ella hable.

En cuanto a la chica, sigue de pie, moviendo el bastón de forma nerviosa, mirándolo fijamente, sin decir nada, pero cortándole el camino.

---

6. Los estadounidenses suelen referirse a su país utilizando la palabra *América*.

7. La isla de Ellis es un islote cercano al puerto de Nueva York. Entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, los inmigrantes que llegaban en barco a Estados Unidos eran recluidos en esa isla. En ella tenían que superar una inspección médica y legal antes de conseguir permiso para entrar en el país.

**E**n este momento, el problema es que a Maks ya no le quedan fuerzas para seguir luchando, no ya contra la chica, ni siquiera contra ese bastón; no después de ver lo que es capaz de hacer con él. Decide que lo mejor es decir algo, y así lo hace:

–¡Eh, gracias!

–¿Por qué? –responde ella, con voz ronca y un ceño fruncido que parece pegado a su cara de la misma forma que la mugre.

–Por... librarme de esos tipos –dice Maks, contento de saber que la chica habla su misma lengua–. Iban a dejarme sin un centavo.

–Por suerte, has gritado «¡socorro!» con todas tus fuerzas –responde ella.

A Maks le parece que se está riendo de él.

–Ya –dice–, pero les has dado de lo lindo.



No ha acabado de hablar, cuando le viene a la cabeza que tal vez la chica no haya oído la palabra *lindo* muy a menudo.

Ella baja el bastón que sostenía en el aire, se coloca bien la falda y juguetea con su blusa. Se limpia la nariz con el dorso de la mano y utiliza la misma mano para quitarse el pelo de la cara. En ese momento, Maks puede ver sus ojos, que parecen estar en alerta para afrontar a los atacantes que puedan llegarle desde diez lugares distintos. Al mismo tiempo, sigue apoyada contra el muro del callejón estudiando a Maks de la misma forma que un gato lo haría con un ratón.

–¿Lo que sangra es tu nariz? –pregunta–. No tiene buen aspecto.

A Maks le apetecería decir que ella, tampoco. Pero, como no la ha emprendido a palos con él –todavía–, se limpia como puede la sangre de la nariz.

–Estoy bien –dice.

–¿Qué les has hecho? –pregunta.

–Nada. Les gusta zurrar a los noticieros.

–No parece que tengas nada que valga la pena robar.

–Acabo de vender mis periódicos –dice Maks, dando una palmada en su bolsillo–. Todavía tengo el dinero.

No ha terminado de hablar cuando se da cuenta de que ha proporcionado a la chica una muy buena razón para robarle.

–Has tenido suerte –es todo lo que ella responde.

Maks necesita ganar tiempo para recuperar el aliento y salir huyendo, así que le pregunta:

–¿Cómo te llamas?

–Willa.

–¿Qué clase de nombre es ese?

–En alemán es Waddah. Ya sabes que aquí la gente suele cambiarse el nombre.

–Sí. Mi nombre es Maks. Con una k. Danés. No lo he cambiado aún.

–¿Dónde está Danés?

–El país es Dinamarca. Está al otro lado del Atlántico. Vivimos cerca de la calle Birmingham. ¿Y tú?

–Aquí.

–¿En este callejón?

–Al otro lado de la valla.

Maks echa una ojeada.

–¿Por qué?

–Por si no lo sabes, una noche en un albergue para vagabundos con cama, armario y biombo cuesta veinticinco centavos. Quince centavos con cama y armario. Y si solo quieres cama, diez centavos. Por cinco solo consigues un rincón en el suelo. Eso es demasiado dinero para mí. Esto es gratis.

Mientras habla, Maks se da cuenta de que ella es diferente de los otros chicos de la calle; por su forma de hablar parece una chica de los barrios altos. Le pregunta:

–Si vives al otro lado de la valla de madera, ¿cómo es que estabas durmiendo aquí?

–Estaba demasiado cansada para encaramarme.

Maks contempla la alta valla de madera.

Willa levanta el bastón.

–¿Crees que no puedo subir?

–Tal vez –dice, esperando que pretenda demostrárselo y así él pueda aprovechar la oportunidad para huir.

La chica, que parece enfadada, se dirige a la valla y palpa la superficie con las manos. Encuentra algunas rendijas donde meter los dedos y empieza a trepar llevando consigo el bastón.

Maks se queda tan ensimismado viéndola subir que se olvida de salir corriendo. Una vez arriba, Willa se sienta a horcajadas sobre la valla, balanceando una de sus muñecas piernas y con el bastón sujeto en una de sus rodillas.

–¿Lo ves? –dice, mirando hacia abajo–. Fácil.

Maks siente que lo está retando.

–Yo también puedo hacerlo –dice.

–Inténtalo.

Maks palpa la valla buscando dónde agarrarse, encuentra algún hueco y empieza a trepar –aunque un poco más despacio que Willa. Se le cae la gorra.

Maks atisba por encima del muro. Hay otra valla, de más de un metro de altura. Entre las dos se ve un hueco de casi un metro de ancho. Aunque por abajo se ve muy oscuro, Maks puede distinguir una manta vieja y un cajón de madera con algunas cosas –no sabe cuáles– en su interior.

–¿De verdad vives ahí? –dice.

–No está tan mal –responde ella–. Por la rejilla de la alcantarilla sale aire caliente. Supongo que por eso han puesto las vallas. Es tan estrecho que casi no entran el frío ni la lluvia. El olor no me importa. Si algunos quieren en-

trar, solo pueden hacerlo en fila india, como acaba de pasar ahora. Y, mientras tenga mi bastón, puedo con ellos.

–¿Dónde está tu familia?

Ella frunce el ceño.

–¿Qué pasa con mi familia?

–¿Vive aquí también?

–No es asunto tuyo.

Su respuesta hace que Maks observe detenidamente a Willa. En la penumbra no puede ver casi nada. Ni tristeza. Ni alegría. Nada.

Maks salta al suelo. Recoge la gorra, la frota con la mano para quitarle el polvo y se la vuelve a colocar en la cabeza.

–¡Eh! –le dice a Willa–. Gracias por ayudarme.

–¡De nada!

Aliviado porque Willa no lo retendrá, Maks se encamina a la entrada del callejón intentando parecer tranquilo. Pero no puede evitar pensar: ¿Y si los rufianes me están esperando para tenderme una emboscada cuando salga a la calle?

Maks se da la vuelta y ve a Willa encaramada en la valla, mirándolo. Se pregunta si ella –y su bastón– podrían defenderlo por segunda vez.

Quiere decir algo, pero no es fácil pedir ayuda a una chica. Antes lo ha hecho y, aunque ha funcionado, no le ha gustado demasiado. Lo cierto es que la chica es una fiera, pero Maks no sabe qué pretende, ignora quién es y por qué está viviendo entre la basura. La verdad es que piensa que es muy extraña.

Al cabo de un instante, se da cuenta de que conoce a un puñado de buenos chavales que viven en las calles. Además, la chica lo ha salvado. De acuerdo con las normas de su grupo, le debe una. Si gritas «¡socorro!» y te ayudan, tienes que devolver el favor.

Aunque no se siente muy seguro, asoma la cabeza a la calle Chrystie. Está oscuro. La oscuridad lo protegerá. Aunque también puede empeorar las cosas. La cuestión es que Maks sabe que Bruno querrá venganza. Especialmente, porque ha sido una chica la que le ha pegado. Y a no ser que Bruno pueda evitarlo, esta noticia correrá como la pólvora.

Aun así, Maks duda sobre si debe pedir ayuda a Willa por segunda vez. Teniendo en cuenta lo flacucha que está, se vuelve y grita:

–¡Eh!, si te vienes a casa conmigo, mi madre puede darte algo de comer.

Willa no responde.

–¡Lo digo en serio! –añade Maks. Cuanto más insiste, más siente que la necesita.

–¿Me estás pidiendo ayuda? –suelta ella.

Maks, que no quiere admitirlo, repite:

–¿Te vienes o no?

Unos segundos después Willa pregunta:

–¿De verdad?

–Lo he dicho, ¿no?

–Bueno, por lo menos podré comer –dice Willa, y se baja de la valla.

–¡Eh! –le indica Maks–. No te olvides el bastón. Por si acaso.